

FRANCES HODGSON BURNETT

El jardín secreto

Traducción de Ricardo Bestué



**Editorial
Belvedere**

Título original: *The Secret Garden*

Primera edición: Septiembre 2012

© de la traducción: Ricardo Bestué

© de la presente edición:

Editorial Belvedere, S. L.

Sociedad Unipersonal

Apartado de Correos 7191

28012 Madrid

E-mail: editorial.belvedere@hotmail.com

www.editorialbelvedere.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-937947-2-9

Depósito legal: M-26329-2012

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla, S. L.

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

Índice

1. No queda nadie	13
2. La señorita Mary, la muy cabezota	19
3. A través del páramo	29
4. Martha	35
5. El llanto del pasillo	53
6. Alguien estaba llorando... seguro	61
7. La llave del jardín	69
8. El petirrojo que le mostró el camino	77
9. La casa más extraña	87
10. Dickon	97
11. El nido del tordo	111
12. ¿Podría tener un poco de tierra?	121
13. Me llamo Colin	131
14. Un joven rajá	147
15. Haciendo un nido	159
16. «¡No volveré!», dijo Mary	173

Índice

17. Una rabieta	181
18. No hay tiempo que perder	189
19. ¡Ya ha llegado!	197
20. Viviré por siempre jamás	211
21. Ben Weatherstaff	221
22. Cuando se pone el sol.....	233
23. Magia	239
24. Déjeles que se rían.....	253
25. La cortina.....	267
26. ¡Es mamá!.....	275
27. En el jardín.....	285

Índice de ilustraciones

Había árboles... y un gran estanque con una fuente gris en medio.....	45
Había una niñita fea y estirada... Llevaba puesto un traje de brocado verde y sostenía un loro del mismo color en el dedo.....	65
Era el pomo de una puerta	85
Un chico sentado bajo un árbol, tocando un rústico caramillo de madera	105
«¿Quién eres?», preguntó Colin finalmente. «¿Eres un fantasma?»	135
«Esto sí que es aire fresco», dijo Mary. «Échate boca arriba y respira profundamente»	205
Se tumbaba sobre la hierba para «observar cómo crecía todo»	243
Salió de sopetón un niño a toda velocidad	299

EL JARDÍN SECRETO

Editorial Belvedere

No queda nadie

Cuando enviaron a Mary Lennox a Misselthwaite Manor para vivir con su tío, todo el mundo decía que era la niña de aspecto más desagradable que jamás se hubiera visto. Y era cierto. Tenía la carita delgada y el cuerpecito flacucho, el pelo ralo y claro, y la expresión dura. Era rubia, de tez amarillenta porque había nacido en la India y, en cierta manera, siempre había estado enferma. Su padre había tenido un cargo en el Gobierno inglés y siempre había estado ocupado y enfermo, mientras que su madre había sido de una gran belleza y sólo se había preocupado por asistir a fiestas para divertirse con gente alegre. Nunca quiso tener una hija, por lo que cuando Mary nació la entregó al cuidado de su aya¹, a quien se le hizo comprender que, si quería agradar a la *memsahib*², debía mantener a la niña fuera de su vista todo lo posible. De este modo, cuando Mary no era más que un bebé enfermizo, quejica y feo, la madre la rehuyó, y cuando se convirtió en una niña enfermiza, quejica y fea que gateaba, también la evitó. Mary nunca recordó haber visto nada familiar más que los rostros

¹ Sirvienta o niñera en la India. (*N. del T.*)

² Expresión que se usaba en la India colonial para referirse de manera respetuosa a una mujer europea. (*N. del T.*)

de tez oscura de su aya y del resto de criados nativos, y éstos la obedecían y cedían en todo porque *memsahib* se podía enfadar si los llantos de la niña la molestaban, una niña que a la edad de seis años ya era una pequeña maleducada tiránica y egoísta como jamás haya existido. La joven institutriz inglesa que llegó para enseñarle a leer y a escribir le cayó tan antipática que a los tres meses dejó el trabajo, y cada vez que llegaba una nueva para cubrir la vacante se iba más rápido que la anterior. Así que si Mary no se hubiese empeñado en aprender a leer libros, nunca lo hubiese conseguido.

Una mañana tremendamente calurosa, cuando tenía unos nueve años, se despertó de muy malhumor, y aún se enfadó más cuando vio que la criada que estaba de pie a su lado no era su aya.

—¿Por qué has venido? —preguntó a la extraña mujer—. No permitiré que te quedes aquí. Ve a buscar a mi aya.

La mujer estaba asustada y sólo pudo tartamudear que ésta no pudo venir, y cuando a Mary le dio un arrebató y le dio golpes y patadas, pareció asustarse aún más y volvió a decir que al aya no le era posible venir a ver a la *sahib*.

Había algo misterioso flotando en el aire aquella mañana. Nada se hacía de manera habitual y algunos de los criados nativos parecían haber desaparecido, mientras aquellos a los que Mary veía se escabullían o estaban preocupados con las caras pálidas y asustadas. Pero nadie le dijo nada ni apareció su aya. La dejaron sola casi toda la mañana, y sólo al final salió al jardín para jugar sola bajo un árbol que había cerca del porche. Jugaba a hacer un parterre colocando grandes hibiscos³ de color escarlata en pequeños montones de tierra, sin poder evitar que el enfado le aumentara cada vez más y hablando entre dientes todo lo que iba a decir y los nombres que daría cuando regresara Saidie.

³ Planta caracterizada por sus grandes flores que crecen en países cálidos. (*N. del T.*)

—¡Cochina! ¡Cerde! ¡Eres una cerda! —dijo, porque no puede haber peor insulto para una nativa que llamarle cerda.

Hacía rechinar los dientes una y otra vez cuando oyó que su madre salía al porche con alguien. Estaba de pie con un apuesto joven hablando misteriosamente en voz baja. Mary conocía a ese apuesto joven con cara de niño. Había oído decir que era un oficial muy joven que acababa de llegar de Inglaterra. La niña le miraba fijamente, pero aún miraba más fijamente a su madre. Siempre lo hacía cuando tenía la oportunidad de verla, porque la *memsahib* —Mary solía llamarla de esta manera más que de cualquier otra— era una persona alta, esbelta y hermosa que iba elegantemente vestida. Su pelo era como la seda ondulada, tenía una delicada naricita que parecía desdeñarlo todo, y unos grandes y risueños ojos. Todos sus vestidos eran finos y vaporosos, y Mary decía que estaban «llenos de encajes». Aquella mañana parecían estar más llenos de encajes que nunca, pero sus ojos para nada eran risueños. Eran grandes, estaban atemorizados y se alzaban de modo suplicante hacia el rostro del joven y apuesto oficial.

—¿Tan grave es? ¿Tan grave? —le oyó decir Mary.

—Muchísimo —contestó el joven con voz temblorosa—. Muchísimo, señora Lennox. Hace dos semanas que se debería haber marchado a las colinas.

La *memsahib* se frotó las manos.

—¡Oh, ya sé que me debería haber marchado! —gritó—. Me quedé únicamente para asistir a esa estúpida cena. ¡Qué tonta he sido!

Justo en ese momento se oyó un llanto muy fuerte que provenía de las habitaciones de los criados que hizo que se agarrara con fuerza del brazo del joven, y que Mary se estremeciera de pies a cabeza. El llanto era cada vez más desesperado.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó la señora Lennox.

—Alguien ha muerto —respondió el joven oficial—. No me dijo que se hubiera declarado entre sus criados.

—¡No lo sabía! —gritó la *memsahib*—. ¡Acompáñeme! ¡Acompáñeme! —y se dieron la media vuelta entrando en la casa a la carrera.

Después de aquello, y consternada por los hechos ocurridos, a Mary se le disipó el misterio de la mañana. La epidemia de cólera estalló en su forma más terrorífica y la gente moría como moscas. Por la noche, el aya cayó enferma, y cuando murió los criados se pusieron a llorar. Y antes de que amaneciera, murieron otros tres criados y otros tantos se fugaron presas de un pánico que se extendía por todas partes, mientras la gente se iba muriendo en los *bungalows*.

Durante la confusión y el desconcierto del segundo día, Mary se escondió en el cuarto de los niños y nadie se acordó de ella. Nadie pensó en ella y nadie la requirió mientras sucedían cosas extrañas de las que ella nada sabía. Lloró y durmió alternativamente durante horas. Lo único que sabía era que la gente enfermaba y que oía unos misteriosos y aterradores ruidos. En cierta ocasión se arrastró hasta el comedor y lo encontró vacío, aunque sobre la mesa había restos de comida y parecía como si las sillas y los platos hubieran sido empujados precipitadamente al levantarse bruscamente los comensales por algún motivo. La niña comió un poco de fruta y galletas, y, como tenía sed, se bebió un vaso de vino que aún estaba casi lleno. Tenía un sabor dulce, y no era consciente de que era una bebida fuerte. Muy pronto la hizo sentir profundamente adormecida, regresó a la habitación de los niños y se volvió a encerrar, asustada por los llantos que oía en las casuchas y por el sonido de pasos apresurados. El vino la adormeció tanto que apenas pudo mantener los ojos abiertos, así que se echó en la cama y durante un buen rato no se enteró de nada más.

Durante las horas en las que estuvo durmiendo profundamente sucedieron muchas cosas, pero ni los llantos ni el sonido de los objetos que entraban y salían del *bungalow* le interrumpió el sueño.

Cuando despertó se quedó tumbada en la cama acurrucada en la pared. La casa estaba sumida en una completa calma. Nunca antes la había conocido con tanta tranquilidad. No oía voces ni pasos, y se preguntaba si todo el mundo se había librado del cólera y se habían acabado todos los problemas. También se preguntaba quien se haría cargo de ella ahora que su aya había muerto. Tendría un aya nueva, y es posible que conociese historias nuevas. Mary ya estaba muy cansada de las de siempre. No lloró la muerte de su niñera. No era cariñosa y nunca se había preocupado mucho por los demás. El ruido, las prisas y los llantos provocados por el cólera la habían asustado, y estaba enfadada porque nadie parecía acordarse de que ella siguiera viva. La gente estaba demasiado espantada como para pensar en una niña a la que no tenían cariño. Cuando contraían el cólera parecía como si no se acordaran más que de sí mismos. Pero si todos se curasen, seguro que alguien se acordaría de ella para ir a buscarla.

Pero no vino nadie, y mientras ella seguía esperando tumbada en la cama, el silencio de la casa iba en aumento. Oyó crujir algo sobre la estera, y cuando miró hacia abajo vio una serpiente pequeña deslizándose por encima que la miraba con unos ojos que parecían joyas. Mary no se asustó porque era una cosita inofensiva que no le haría daño; además, parecía tener prisa por salir de la habitación. Acabó deslizándose por debajo de la puerta mientras ella la seguía con la mirada.

—¡Qué raro y qué tranquilo está todo! —dijo ella—. Parece como si no hubiese nadie en el *bungalow* más que la serpiente y yo.

Un rato después oyó pasos en las habitaciones, y luego en el porche. Eran las pisadas de varios hombres que entraron en el *bungalow* hablando en voz baja. Nadie salió a recibirles o a hablar con ellos, y daba la sensación de que abrían las puertas para mirar en las habitaciones.

—¡Qué desolación! —oyó cómo decía una de las voces—.

¡Esa mujer tan hermosa! Supongo que la hija también.... Me dijeron que había una niña, aunque nadie la vio.

Cuando unos minutos después abrieron la puerta, Mary estaba en el centro del cuarto de los niños. Tenía el aspecto de una niña fea, enfadada y con el ceño fruncido porque empezaba a tener hambre y se sentía vergonzosamente abandonada. El primer hombre que entró era un oficial alto al que en una ocasión vio hablar con su padre. Parecía cansado y preocupado, pero cuando la vio se asustó tanto que casi se echó hacia atrás de un salto.

—¡Barney! —gritó—. ¡Aquí hay una niña! ¡Una niña que está sola! ¡Y en un sitio como éste! ¡Dios santo! ¡¿Quién eres?!

—Me llamo Mary Lennox —dijo la niña, poniéndose de pie con rigidez. Pensó que el hombre era un maleducado por llamar al *bungalow* de su padre como «un sitio como éste»—. Me quedé dormida cuando todo el mundo tenía el cólera y me acabo de despertar. ¿Por qué no viene nadie?

—¡Es la niña que nadie vio! —exclamó el hombre, volviéndose hacia su compañero—. ¡En realidad se olvidaron de ella!

—¿Por qué se olvidaron de mí? —dijo Mary, dando una patada al suelo—. ¿Por qué no vino nadie?

El joven cuyo nombre era Barney la miró con tristeza. Mary incluso creyó verle pestañear para evitar las lágrimas.

—¡Pobre chiquilla! —dijo él—. No queda nadie para venir a buscarte.

Fue de esa extraña y repentina manera que Mary se enteró de que se había quedado sin padre ni madre; que habían muerto y que se los habían llevado por la noche, y que los pocos criados nativos que habían sobrevivido habían abandonado la casa tan rápido como pudieron, sin acordarse ninguno de ellos que había una *sahib*. Por eso el lugar estaba tan tranquilo. Era cierto que en el *bungalow* no había nadie más que ella y la pequeña y apacible serpiente.